

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

# Memorias y culebrones

Cuando parece agotarse la novela como género y a la espera de que aparezca un renovador que se salga de caminos ya gastados, la industria editorial ha dado en explotar libros que llaman de memorias, aunque muchas veces no lo sean. Si en tales productos el autor introduce buenas dosis de sexo —a ser posible gay o lesbiano o ambos a la vez—, de chismes, literarios o no, que afecten a personas conocidas, e incorpora cartas personales que casi siempre tienen mucho que ver con el cotilleo nacional y muy poco con la literatura, esas memorias se venderán. Sí, más que una novela posmoderna o antediluviana, que de todo hay.

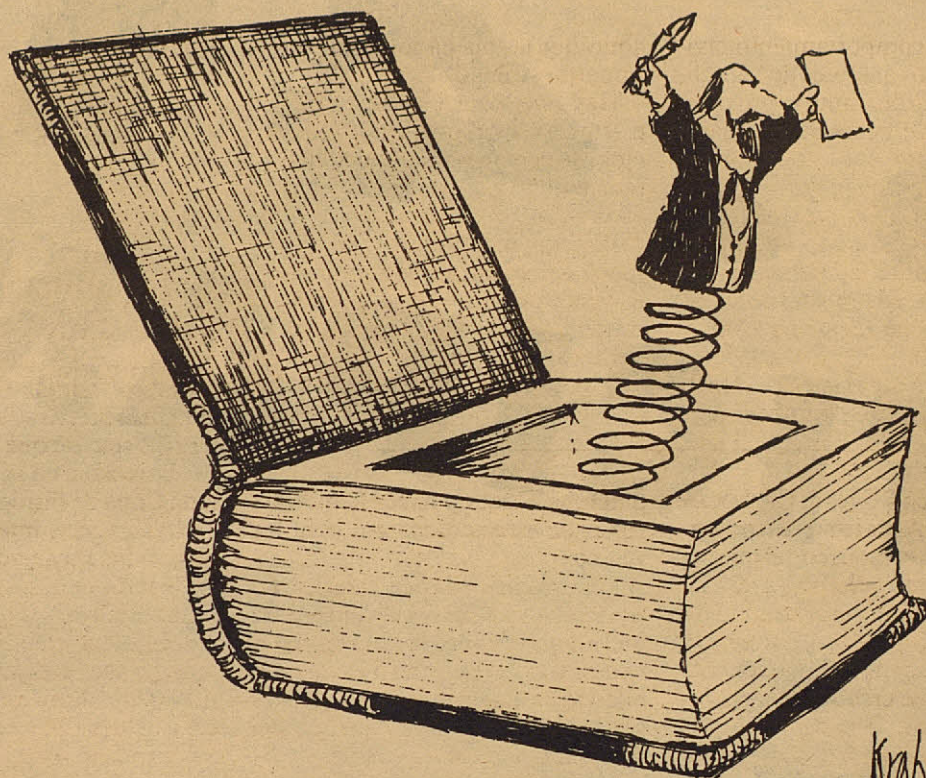
Por supuesto que prefiero leer un libro de memorias bien escrito que una novela barbitúrica. Pero el aluvión de los libros de memorias no ha llegado aún. Detrás de los primeros y esforzados "memorialistas", son legión los hombres y mujeres, para mí casi todos desconocidos, que anuncian en periódicos, radio y televisión, estar redactando sus memorias. Pero esos legionarios, esas segundonas, me temo que no vendan un rosco a no ser que se trate de tremendas locas o de muchachas de sonrisa vertical que no tengo el gusto de tratar ni el de haber leído.

Salvo contadísimas excepciones, me interesan más las memorias de un científico o de un político. Normalmente, nunca han escrito antes y cuentan lo que hicieron y lo que vieron. Aunque no digan toda la verdad —nadie la dice—, tratan un periodo histórico y unos acontecimientos que los demás sólo vivimos desde fuera.

¿Qué motiva a un escritor para que se decida a escribir sus memorias? ¿Crear que su vida es importante para los demás? ¿Ordenar su currículum? ¿Justificar su pasado? ¿Pasar cuentas con sus enemigos? ¿Novelar y endulzar su biografía? ¿Quedar bien con su familia? ¿Aterrorizar a la concurrencia?

No hace mucho tiempo coincidí en Madrid con Adolfo Marsillach. Hablamos de años idos, de sus proyectos de catalán errático, de sus hijas. Y saltó el asunto de sus memorias. Resulta que una editorial le encargó sus memorias y él las comenzó a escribir. Todo fue bien, me dijo, durante los primeros capítulos, o sea, infancia, familia, casa, barrios, todas sus primeras imágenes de Barcelona. Pero al llegar a su profesión se dio cuenta que tenía que hablar de los demás y de sí mismo como actor: y, de repente, notó que tenía instintivamente la tendencia a escribir que él era el bueno y que los demás eran los malos, y eso le pareció indecente. Notó el vértigo del placer de la venganza. "José Agustín, cuando me pillé con ganas de escribir todo lo que pienso de aquel y aquel otro y tantos imbéciles, interrumpí las memorias. Ni yo era un ángel ni los demás eran personas cargadas de defectos."

Hizo bien: si no hablaba mal de mucha gente, si no aireaba su vida privada contando es-



KRAHN

¿QUÉ MOTIVA  
a un escritor para que se  
decida a contarnos su vida?  
¿Crear que es importante  
para los demás?

cabrosidades, hubiera dejado de interesar a la editorial. Si no hay escándalo no hay negocio. Eso pensé hace unos años: cuando mis hermanos se pusieron a escribir, corregirse y puntualizar sobre ciertos aspectos de nuestro entorno familiar en artículos que publicó "El País", un saleroso editor listillo y enriquecido vendiendo libros como si fueran patatas —esa definición es suya— me dijo: "Si tú me haces unas memorias y cuentas todos los líos de los tres hermanos y de la familiar, algo fuerte, yo pongo seis ceros en un talón y tú escribes delante la cifra, del uno al nueve, según creas que te mereces. Dale duro, será un éxito". No lo fue porque renuncié a tanto honor y a tanto dinero. Y a tanta estupidez.

Ahora pienso que me sucede algo completamente opuesto a lo que dice Marsillach y escriben muchos "memorialistas", algunos de mérito. No por caridad cristiana, ni por protegerme o hacerme perdonar algo, ocurre que cuando pienso en el pasado, en mi familia y en mis amigos y conocidos, tiendo a acordarme de los momentos y aspectos mejores de am-

bientes y personas. Será porque no lo debo haber pasado muy bien en esta vida, que es la única que tengo y que conozco, y de la que me estoy ya comiendo el rabo; así, calificar la película es como una defensa frente a muchas cosas que ha sido mejor dejar aparcadas en el olvido, en una voluntaria desmemoria por lograr el remedio al peor mal, que fue revivir, sin quererlo, los episodios más feos y malignos que sufrí.

En cuanto a pensar que yo era el bueno y los demás los malos, como dijo Marsillach, nada de nada. Con seguridad que, queriéndolo o sin quererlo, le hice la pascua a más de uno, como más de uno me hizo la pascua a mí. Pero resulta mejor el olvido que el rencor o que la venganza: que cada quien se rasque con sus uñas. No es de recibo salir por ahí confesando los propios errores y pidiendo perdón como un moribundo o un imbécil, y más aun si se tiene en cuenta que los agraviados no eran ni son unos santos.

Otro peligro de las memorias es pasar a la historia por ellas y no por la obra escrita. Tenía amigos, que han muerto, que corren este riesgo y cuya auténtica memoria, que es su obra como extraordinarios poetas, hay que reivindicar. El morbo de muchos lectores se impone a la dificultad de captar y gustar su obra en verso. Una desgracia.

La auténtica memoria de un escrito es su obra y lo demás, sus recuerdos, pierden peso específico ante su labor de creación. Pero faltan buenas novelas y los editores piden memorias, culebrones que muchos autores están dispuestos a servir. •